



EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD DESDE EL MARXISMO*

Luis Felipe Buelvas Rico **

Resumen

Mi trabajo investigativo, basado principalmente en el libro *Visión marxista del hombre* del intelectual, sociólogo e historiador colombiano José Fernando Ocampo, expondrá diversas posiciones sobre la concepción del ser humano, especialmente, la marxista, por ser una visión integralmente revolucionaria, que supera antiguas concepciones que tratan de un hombre abstracto, vacío, sin práctica social ni concreta. Para analizar al individuo, debemos estudiar sus relaciones sociales. Con este fin, dividiré mi ponencia en los siguientes momentos: *La superación del concepto metafísico del hombre*, *La superación del concepto idealista del hombre* y *Las clases sociales*. De esta manera, iniciaremos un viaje filosófico en los mares del pensamiento marxista, que nos ayudará a comprender que el marxismo no es una simple teoría, sino una guía para la transformación estructural de la sociedad. Esto hace de Marx un pensador único: uno de los hombres que más ha influido en la historia de la humanidad.

Palabras clave: hombre, idealismo, marxismo, materialismo, metafísica.

El marxismo es la ideología de la clase más avanzada de la sociedad, es decir, del proletariado. La filosofía escolástica, por su parte, fue la ideología dominante de la sociedad esclavista, la ideología de la clase de los patricios. Mientras que la teología cristiana de la Edad Media se configuró como la ideología de los señores feudales, esto es, de los terratenientes y de la aristocracia, la burguesía capitalista constituyó su propia ideología en la filosofía individualista, sea materialista o idealista, y tiene su derivación básica en las llamadas ciencias sociales: la economía, la sociología, la psicología y la antropología (Ocampo, 1974:11).

*Texto Presentado en el XV Foro Interno de Filosofía “Alonso Corrales”

**Estudiante de Filosofía, Universidad de Cartagena. Integrante del Semillero de Investigación CIVITAS.

En cada una de estas etapas, que componen el desarrollo de la sociedad humana, la ideología correspondiente ha sido la de la clase social más avanzada de la historia: la ideología de la sociedad esclavista es una representación de la muerte de la economía natural, y la primera construcción sistemática de una concepción del hombre. La aristocracia feudal representa la lucha del cristianismo contra la esclavitud, y un “paso adelante” en el proceso de la liberación histórica del hombre, particularmente con la conversión del esclavo en siervo.

Con el nacimiento de la burguesía capitalista, y su conquista del poder mediante diversas revoluciones, tal proceso de liberación da otro paso adelante, al transformar a gran parte de la población en obreros. Aquí inicia una nueva etapa de la historia, que, para Marx, pertenecerá al proletariado (Ocampo, 1974: 11-12).

Es una gran paradoja que, en tal proceso, el hombre como objeto principal de la ciencia, ha sido un ausente. Ninguna de las ideologías dominantes en épocas anteriores lo ha tenido verdaderamente como objeto primordial de su estudio y de su transformación. Sólo el marxismo, en tanto respuesta a las condiciones mismas de desarrollo de la historia, pone al hombre como tal. En las etapas anteriores de la historia, han sido dos los objetos inmediatos de investigación y análisis: el ser y la naturaleza. El estudio del hombre se ha subordinado a estas dos temáticas (Ocampo, 1974:12).

Ahora bien, el objeto de la filosofía ha sido el ser. Así fue planteado por Aristóteles antes de Cristo, y así lo plantea nuevamente Heidegger en el siglo XX. El hombre sería una parte de este estudio general: parte del “tiempo”, en oposición a la eternidad del “ser”. De esta manera, se convierte fácilmente la filosofía en teología, manteniendo los principios de subordinación del tema del hombre (Ocampo, 1974:12-13).

La instauración del dominio de las ciencias naturales, alrededor de las cuales gira la filosofía, es una reacción contra la filosofía y la teología del “ser”. Este predominio secular de la filosofía como ciencia fundamental le abrirá las puertas a ciencias “concretas” como la sociología, la economía y otras que estudian los fenómenos sociales e individuales con el mismo método de las ciencias naturales. El hombre ocuparía un lugar más importante, en tanto las ciencias naturales se enfrentan contra los dogmas de la teología y la interpretación bíblica del mundo y de los fenómenos naturales (Ocampo, 1974:13).

Se debe, pues, volver a poner al hombre como núcleo del conocimiento y punto de partida para analizar la realidad. No obstante, el estudio del hombre se

subordina al de la naturaleza y a la metodología de las ciencias naturales. Asimismo, el hombre es concebido como un individuo aislado, con privilegios en el mundo, pero que, si desea vivir en sociedad, debe hacer un “pacto” con los demás individuos para lograr la preservación de la paz. Esta concepción del hombre es tan abstracta como la particularidad del “ser” o la criatura de Dios. Las variaciones de Locke, Kant, Rousseau y otros, sobre la interpretación del individuo, en nada afectan este hecho (Ocampo, 1974:14).

Ni la antropología, ni la sociología, ni la psicología, productos de la sociedad, van más allá. Estas ciencias tienen como fin el estudio del hombre pero considerado como abstracción individual, sujeto de todos los derechos, no obstante su carácter social es problemático, no es un punto de partida, por lo cual se somete a la reflexión teórica. Es posible, según tales pensadores, una persona humana con todos los derechos como individuo, si bien padezca la más indigna explotación (Ocampo, 1974:14).

El ejemplo de la igualdad es bastante ilustrativo. Para la filosofía escolástica de Aristóteles, todos los hombres eran iguales, se definían como lo mismo: animales racionales. Empero, la gran mayoría de los hombres de su época eran esclavos, y existían diferentes clases sociales dentro de la población que era considerada humana. En la Edad Media, todos los hombres eran iguales para la teología y la filosofía, pero se justificaba la organización patriarcal de la familia, en la cual el padre recibía la autoridad de Dios, mientras la mujer tenía el deber de supeditarse a su voluntad. La sociedad capitalista considera a los hombres, en tanto “individuos aislados”, como iguales ante la ley positiva, producto de la voluntad humana. Ahora bien, la filosofía escolástica antigua, la filosofía y teología medievales y la filosofía individualista, afirman y niegan, simultáneamente, la igualdad del hombre. Esta contradicción es un efecto de la concepción abstracta del hombre y la supeditación a la que éste es asignado (Ocampo, 1974:15-16).

Afortunadamente, por vez primera en la historia nace una ciencia del hombre, cuyo método no es una “adaptación de la filosofía” ni una trasposición de las ciencias naturales, sino que cumple las necesidades objetivas del desarrollo de la sociedad, en la que predomina el carácter social de la producción de la vida material del hombre: *el marxismo, con la metodología del materialismo histórico y dialéctico*, es la única ciencia que logra descubrir e interpretar las leyes rectoras del desarrollo de la sociedad. Así, el hombre es el objeto principal y fundamental del estudio del marxismo, que, magistralmente, supera las anteriores filosofías, sociologías y economías, al afirmar que sin la solución de las necesidades materiales del hombre, éste no puede desarrollar sus capacidades

de pensamiento y de creatividad (Ocampo, 1974:16-17).

Al exponer el problema de esta manera, el marxismo, por un lado, elimina el concepto abstracto del hombre al *hacerlo*, y, por otro, define al hombre no como un ser individualista, sino como un conjunto que vive en sociedad y se desarrolla en la historia. Esta concepción del hombre es materialista en tanto se basa en la satisfacción de sus necesidades materiales, y también es histórica, pues concibe a la sociedad humana en constante evolución (Ocampo, 1974:17).

1. La superación del concepto metafísico del hombre

El marxismo es la superación total de la metafísica. Según la visión metafísica del hombre, éste posee una esencia, una naturaleza, lo cual define al hombre, en sus aspectos fundamentales, como un ser inmutable. Tal visión está basada en principios absolutistas, inmodificables, a los que debe adaptarse la organización social humana, supeditándose así los aspectos particulares de la historia del hombre a los universales (Ocampo, 1974:19-20).

El marxismo supera esta concepción metafísica, al supeditar dichos aspectos universales a los particulares. Por ejemplo, para el marxismo el aspecto fundamental no es que el hombre piense, sino qué piensa, cuál es el contenido de su pensamiento (Ocampo, 1974: 20).

Contra la metafísica, el marxismo opone la dialéctica, que concibe la historia y la realidad como esencialmente cambiables. Es decir, que las formas de sociedad no son inmutables; que la pobreza puede suprimirse; que la explotación del hombre puede eliminarse; que la miseria y el hambre existen por condiciones concretas históricas que pueden ser radicalmente transformadas.

El marxismo rechaza la esencia humana como algo inherente a cada hombre, planteando que dicha esencia es producto del conjunto de sus relaciones sociales (Marx y Engels, 1976: 9), las cuales nacen en el proceso de producción de la vida material. Sobre esta base, el marxismo concibe el conocimiento como un proceso que inicia en la práctica y termina en la práctica. La máxima de Marx al respecto es famosísima: “Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*” (1976:10).

Si bien la metafísica acepta, en términos generales, la realidad externa como determinante del conocimiento, no la concibe principalmente como práctica de la producción, de la lucha de clases y de la experimentación científica. Para el marxismo la realidad es, sobre todo, práctica social que, no sólo influye en el

conocimiento del hombre, sino que éste, partiendo del tal conocimiento, debe transformarla. Por estas dos razones, la práctica es el aspecto determinante del proceso de conocimiento (1976: 9).

El marxismo supera la metafísica en tanto se convierte en guía para la transformación de la vida social del hombre. Para cumplir su meta, define la realidad como un proceso en permanente movimiento y cambio. Engels manifestó que “sólo siguiendo la senda dialéctica, no perdiendo jamás de vista las innumerables acciones y reacciones generales del devenir y del perecer, de los cambios de avance y de retroceso, llegamos a una concepción exacta del universo, de su desarrollo y del desarrollo de la humanidad, así como de la imagen proyectada por ese desarrollo en las cabezas de los hombres” (Marx y Engels, 1978: 137)

2. La superación del concepto idealista del hombre

El marxismo es la superación total del idealismo. El punto fundamental de la concepción idealista del hombre, es que éste es, ante todo, pensamiento, espíritu, idea, conciencia, valores. Esta concepción nace en el esfuerzo por distinguir entre el hombre y el animal. Este tipo de idealismo exagera tanto que concibe lo humano sólo como lo que diferencia al hombre del animal, excluyendo como integrante del hombre lo que le es común con el animal, como la vida sexual. Para San Agustín, por ejemplo, la sexualidad sólo se justificaba para conservar la especie, y el placer era considerado algo pecaminoso (Ocampo, 1974: pág. 29-30).

Ahora bien, si el idealismo es dinámico y transformador, en tanto sí acepta la dialéctica, oponiéndose a la metafísica, y, en cierto sentido, transforma la realidad al construirla en su elaboración teórica sistemática, su dinamismo se reduce a la evolución de las ideas, al cambio de las doctrinas, a la historia del pensamiento, así como su transformación de la realidad no supera la teoría. El marxismo, por el contrario, se propone transformar la forma como se ha organizado la vida del hombre, forma de vida de la que nadie puede escapar. Además, el dinamismo no es el dinamismo de la mente, sino de la evolución histórica y natural de la cual la mente es un reflejo. Por eso, la dialéctica es la dialéctica de la historia y de la naturaleza, así como lo que se debe transformar principalmente es la historia y la naturaleza, y no la *concepción* de la historia y de la naturaleza. Aquí vale la pena citar la crítica sarcástica y burlesca de Marx a los filósofos idealistas alemanes:

Un hombre listo dio una vez en pensar que los hombres se hundían en el agua y se ahogaban simplemente porque se dejaban llevar de la *idea de la grave-*

dad. Tan pronto como se quitasen esta idea de la cabeza, considerándola por ejemplo como una idea nacida de la superstición, como una idea religiosa, quedarían sustraídos al peligro de ahogarse. Ese hombre se pasó la vida luchando contra la ilusión de la gravedad, de cuyas nocivas consecuencias le aportaban nuevas y abundantes pruebas todas las estadísticas. Este hombre listo era el prototipo de los nuevos filósofos revolucionarios alemanes. (Marx, 1974: 11-12)

El marxismo supera el idealismo al considerar a la realidad objetiva como práctica social, cuyo aspecto fundamental es la producción de la vida material del hombre, porque sin producción el hombre no puede vivir, y si no vive, el hombre no existe.

Otro problema fundamental es el del origen de las ideas sociales, que, para el marxismo, son un reflejo del desarrollo de la producción material. En este sentido, el marxismo observa en las distintas épocas históricas una lucha de las ideas viejas y las teorías retrógradas, con las ideas nuevas y las teorías avanzadas de la sociedad. *Las ideas revolucionarias* nacen como una necesidad de la vida material de la sociedad, sin embargo, al convertirse en una fuerza de las masas, cumplen un papel poderosamente decisivo para derrocar a las fuerzas que obstruyen el desarrollo del progreso y la emancipación del hombre. Marx (2011) lo expresó claramente: “Así como la filosofía encuentra en el proletariado sus armas materiales, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas espirituales”.

La expresión popular del idealismo es la superstición, la religión, la magia, la parasitología, las tradiciones ancestrales y demás formas que practican el predominio de la mente sobre la realidad material. Las ideas religiosas y mágicas se convierten así en el *opio del pueblo* que lo adormece, haciéndole creer que son más relevantes sus creencias que su progreso social y su bienestar material. En su forma popular, el idealismo es sinónimo de resignación, impotencia, renuncia y desilusión. El marxismo es todo lo contrario, pues es una guía para la acción revolucionaria que, con la fuerza de un tornado, busca transformar radicalmente la sociedad (Ocampo, 1974: pág. 37).

3. Las clases sociales

Para Marx (2009), “el hombre es, en el sentido más literal del término, un *zoon politikon*, no solamente un animal social, sino un animal que sólo puede individualizarse en sociedad”. El marxismo supera el individualismo abstracto, y plantea la teoría de las clases sociales y de la lucha de clases.

Las clases sociales son determinadas por el puesto que cada hombre ocupa en

la producción de la vida material. Por ello, las relaciones sociales de producción se determinan por las fuerzas productivas.

La historia de la humanidad es, según Marx (Marx y Engels, 1975: 32), la historia de la lucha de clases, lucha que es la concretización de intereses económicos que responden a la forma en la cual se están satisfaciendo las necesidades materiales básicas. Las clases sociales de una forma de producción se hallan en un proceso permanente de evolución. Pero el punto más importante del análisis realizado por Marx a las clases sociales es que éstas no han existido siempre, sino que responden a condiciones concretas productivas, relacionadas con la división del trabajo. En este sentido, el marxismo plantea que la única manera de conseguir la emancipación humana es mediante la supresión de las clases sociales, y poder vivir en una sociedad en la cual “el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos” (1975: 61).

Finalizo este escrito con las siguientes palabras: el marxismo, en tanto guía para la transformación del mundo, le hace un favor inmenso a la sociedad al recordarle que “todo lo sólido se desvanece en el aire”, que el pulpo de la explotación propia del sistema imperante no es inmortal, que sus tentáculos pueden ser destrozados mediante la organización, la resistencia y la lucha de quienes en toda la faz de la tierra trabajan por una sociedad auténticamente democrática y un hombre realmente libre. Las capas tectónicas de la política mundial se hallan en constante movimiento, lo cual me recuerda las palabras que en una carta Marx le expresó a Ruge: “la situación desesperada de la época en que vivimos me llena de esperanza”. Un mensaje claro para *no descansar ni un solo instante en la lucha, ¡para no perder la marea alta!*

Referencias bibliográficas

Marx, C. y Engels, F. (1975). *Manifiesto del Partido Comunista*. Pekín: Editorial del Pueblo.

Marx, C. y Engels, F. (1976). *Obras escogidas* (t. 1). Moscú: Editorial Progreso.

Marx, C. y Engels, F. (1978). *Obras escogidas* (t. 3). Moscú: Editorial Progreso.

Marx, K. (1974). *La ideología alemana*. Montevideo: Editorial Pueblos Uni-

dos.

Marx, K. (2009). *Introducción general a la crítica de la economía política*. Recuperado de <http://www.uscovirtual.com/file.php/1/documentos/sociologia/critica.pdf> (21 de julio del 2013).

Marx, K. (2011). *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/47788759/Karl-Heinrich-Marx-1843-44-Critica-de-la-filosofia-del-derecho-de-Hegel-Zur-Kritik-der-Hegelschen-Rechtsphilosophie> (21 de julio del 2013).

Ocampo, J. (1974). *Visión marxista del hombre*. Bogotá: Fundación CIAS.